

LECTURA

El comienzo de la Primera Guerra Mundial

La feroz competencia entre las potencias europeas marcó el final del siglo XIX y el principio del siglo XX. La fuerza de una nación se medía por el alcance de su riqueza y recursos, la cantidad de tierra que controlaba y el tamaño de su ejército y armada. Los líderes de muchos países creían que una nación solo podía alcanzar sus metas políticas y económicas si tenía un ejército fuerte, una creencia conocida como *militarismo*. Los ejércitos conscriptos crecieron en la mayoría de los países, en los que se exigía a los jóvenes uno o dos años de entrenamiento militar y luego se les enviaba a casa como reservas para ser movilizados o llamados a la acción cuando fuera necesario combatir. Los presupuestos navales aumentaron cada año, especialmente en Gran Bretaña y Alemania. Ningún país quería encontrarse sin aliados si una guerra estallaba, por lo que se establecieron dos alianzas militares principales. Alemania, temerosa de que sus enemigos la acorralaran por el este y el oeste, firmó un acuerdo con Austria-Hungría, para apoyarse conjuntamente en una guerra en Europa. Rusia y Francia realizaron un acuerdo similar.

Los militaristas consideraban cada vez más que las fuerzas armadas de sus naciones estaban por encima de toda crítica. Y muchos admiraban intensamente los valores militares, tales como el sacrificio, la disciplina y la obediencia. La guerra se consideraba cada vez más como una aventura, una oportunidad de luchar e incluso morir por el propio país. Karl Pearson, un escritor británico de la época, afirmaba que las guerras eran necesarias. Sostenía que las naciones podían establecer su justa posición en el mundo “mediante el conflicto, principalmente mediante la guerra con razas inferiores, y con razas iguales mediante la competencia por las rutas comerciales y las fuentes de materias primas y suministro de alimentos”.¹

Otros tenían posiciones similares. El conde Theobal von Bethmann Hollweg, canciller de Alemania a principios del siglo XX, afirmaba que “sigue siendo válido el conocido dicho de que los débiles serán presa de los fuertes. Cuando un pueblo no esté dispuesto o no pueda seguir gastando lo suficiente en armamento para poder abrir su camino en el mundo, caerá al segundo lugar”.²

¹ Karl Pearson, *National Life from the Standpoint of Science* (Londres: Adam and Charles Black, 1905), 46.

² “Notes and Comments,” *Oriental Review* 1, n.º 15 (10 de junio de 1911): 279.

Para Pearson, Hollweg y otros europeos, la *nación* era más que un país. Para ellos, los miembros de una nación no solo compartían una historia, cultura e idioma comunes, sino también ancestros, rasgos de carácter y características físicas comunes. Muchos creían, por lo tanto, que la nación era una comunidad biológica y que la pertenencia a esta se heredaba de una generación a otra. En otras palabras, la creencia en la nación era similar a lo que muchos creían sobre la *raza*.

Algunos historiadores se referían a la Europa de principios de la segunda década del siglo XX como un polvorín (barril de pólvora). Las naciones europeas esperaban ansiosas una guerra para probar su superioridad sobre las demás naciones. Tenían ejércitos cada vez más numerosos. Y se habían unido para formar alianzas militares opuestas, comprometiéndose a apoyar a sus naciones aliadas en caso de guerra. Como un barril de pólvora, la chispa más pequeña podía hacer que todo explotara.

La chispa que desató la Primera Guerra Mundial ardió el 28 de junio de 1914, cuando un joven patriota serbio disparó y asesinó al archiduque Franz Ferdinand, heredero del Imperio Austro-Húngaro (Austria), en la ciudad de Sarajevo. El asesino era un simpatizante del Reino de Serbia. En el plazo de un mes el ejército austriaco invadió Serbia. Como resultado de las alianzas militares que se habían formado en Europa, el continente entero no tardó en verse inmerso en la guerra. Ya que las naciones europeas tenían numerosas colonias en todo el mundo, la guerra pronto se volvió un conflicto global.